

SERMON

DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

ESTUVO LLENO DEL AMOR DE DIOS, Y ESTE AMOR LE HIZO
FUERTE CONTRA SUS ENEMIGOS.

*De omni corde suo laudavit Dominum, et dilexit Deum qui
fecit illum: et dedit illi contra inimicos potentiam.*

Alabó al Señor con todo su corazón, amó á su Dios, que le dió
el ser y le hizo fuerte contra sus enemigos.

Eclesiástico, c. 47. v. 10.

Así como no alcanzamos á conocer todo el horror del pecado, tampoco podemos conocer todo el mérito y hermosura de la virtud: la virtud, en cuya comparacion son nada el oro, la plata, las coronas y los cetros y aun la conquista y posesion del mundo entero. Ella es aquella preciosa margarita que vale mas que todos los bienes; aquel tesoro escondido en el campo, que el que le encuentra no tiene reparo de vender cuanto posee para comprarle; aquella vestidura nupcial con que se puede entrar en las bodas del celestial Esposo, y sin la que no seremos admitidos á ellas; la virtud es la que nos une, nos estrecha, nos hace, por decirlo así, participantes de la misma divinidad. No, no son competentes los débiles esfuerzos de un entendimiento humano para manifestar la hermosura de la virtud, de esta emanacion del mismo Dios, cuyas maravillas podrá muy bien experimentar y sentir el corazón del justo, pero jamas podrán explicar sus palabras.

¿Qué podré yo decir de un hombre cuya dilatada vida fué un tejido de las mas sublimes virtudes? ¿De un hombre, no de ilustre nacimiento, de una casa distinguida y abundante de

bienes de fortuna, de un hombre lleno de los bienes caducos y rodeado de las vanidades de la tierra, sino inocente, humilde, mortificado, casto, sobrio: de un hombre ejemplar de penitencia, amante del retiro y del silencio, consumado en la oracion, obediente y sumiso, paciente y sufrido, que perdona, que ama, que llena de bienes á sus mismos enemigos? ¿Qué podré decir de nuestro esclarecido patrono santo Domingo de la Calzada, cuyo elogio esperais de mí en este dia consagrado á su dulce memoria? En él podemos decir que estuvo de asiento la virtud. No fué un doctor de la Iglesia ni un predicador elocuente del Evangelio; pero la edificó con sus ejemplos, con su retiro, con su constancia en amar á Dios, con su oracion, con su caridad para con sus prójimos, con sus milagros, con su vida llena de virtudes. Extendiendo la vista por la historia de una vida tan sencilla al parecer, pero tan llena de obras admirables y heróicas, siento un embarazo y me hallo en la angustia de no saber qué omitir, no saber qué anteponer, porque todo es digno de nuestras alabanzas y en todo se descubren admirables ejemplos. Reuniré, si me es posible, todas sus virtudes y haré su cumplido elogio, aplicándole lo que en alabanza del profeta Rey nos dice el Espíritu santo en las palabras que he propuesto por tema: alabó al Señor con todo su corazón, amó á su Dios que le dió el ser y le hizo fuerte contra sus enemigos: *De omni corde suo laudavit Dominum, et dilexit Deum qui fecit illum: et dedit illi contra inimicos potentiam.*

Bajo esta idea pienso recordaros las glorias de nuestro santo que celebrais con tanto gozo. Alabó á Dios: su corazón estuvo lleno de celo por la honra y amor de su Dios, y este amor dirigió todas sus empresas y le hizo fuerte contra todos sus enemigos.

Bien sabeis, hermanos míos, bien sabeis el espíritu con que deben oirse las alabanzas de los santos. Resuenen en hora buena en los teatros del mundo las hazañas verdaderas ó fabulosas de sus héroes para deleitar, para divertir el espíritu, para dar impulso y poner en movimiento á las pasiones y los afectos: si en la cátedra del Espíritu santo se anuncian las virtudes de los héroes que reinan con Dios en los cielos, es para que nos contentemos con admirarlas, para que nos santifiquemos siguiendo su ejemplo. Vos, Señor, que con vuestra omnipotente gracia

reunisteis tantas virtudes en nuestro santo, sois quien puede dar los auxilios necesarios para publicarlas con fruto. Os los pedimos rendidamente por la intercesion de vuestra santísima Madre á quien decimos: *Ave Maria*.

No hay cosa mas sublime ni mas heróica en el órden de las virtudes cristianas que el celo de la honra de Dios.... El celo por la honra y gloria de Dios, digo con mi angélico doctor santo Tomas, es una expresion del amor divino, es lo mas puro y exquisito que tiene la caridad, es en lo que estuvo el carácter de los hombres apostólicos, es el don que tuvieron los profetas y el espíritu que anima á los predicadores del Evangelio. Sin embargo, por mas excelencias y prerogativas que descubramos en él, es evidente que será débil, inútil, infructuoso, si nó se funda y da principio por el celo de la propia santificacion. El amor propio, dice san Ambrosio, que en todo lo demas se condena como vicioso y como injusto, en este punto no solamente es virtuoso y racional, sino de una necesidad y de una obligacion indispensable. En efecto, discurria el padre san Agustin, debo amar mi salvacion mas que mi hacienda, mas que mi salud, mas que mi honra y mas que mi vida; y si estuviera en mi mano el convertir todo el mundo á costa de pervertirme yo, ó el reformarle quedando yo desordenado, abandonaria la conversion y reforma del mundo entero, persuadido á que no queria Dios entónces que el mundo se convirtiese y reformase por mí, puesto que no podia ser sin perjuicio de esta caridad personal que me debo á mí, y por la que quiere Dios que ántes de todo me aplique á cuidar y darle cuenta de mí mismo.

Ved aquí por dónde dió principio á su celo nuestro santo Domingo de la Calzada. Es verdad que por uno de aquellos favores con que suele Dios allanar el camino de sus escogidos, recibió con su nacimiento unos padres justos que caminaban por las leyes y preceptos del Señor sin impaciencia ni queja: es verdad que los infatigables cuidados de una educacion religiosa, los ejemplos domésticos, los consejos saludables, las lecciones vivas y prácticas de la virtud, todo estuvo pronto en la casa de los padres de Domingo, que aunque pobres en bienes de la tierra, vivian en la virtud, que es la riqueza mas estima-

ble. Pero ¿cuántas veces vemos monstruos de impiedad entre los incentivos mas poderosos de la virtud? ¿Cuántas veces vemos á un Absalon en la casa de un David, á un Esaú en la casa de Isaac, á un Júdas en medio de una familia de apóstoles? Domingo fué un hijo obediente y agradecido, un hijo que profesó á sus padres todo el respeto y sumision que inspira la ley de Dios que le enseñaban. Todo su estudio, toda su atencion, todo su cuidado desde los principios fué santificarse á sí mismo y alabar al Señor que le crió.

Bien pronto echó de ver los infinitos peligros del mundo: ve correr á la multitud tras la abominacion, ve que abundan los enemigos que le provocan al pecado; y ni su edad, sus bienes, sus esperanzas, sus padres, sus amigos, nada es bastante para detenerle en un mundo corrompido y seductor; en un mundo en que se respira un funesto olor de muerte, en un mundo en donde á cada paso tropieza en escollos y derrumbaderos la inocencia. Desconfiado de sí mismo, no se tiene por seguro, sale de Villoria, su pueblo, abandona la casa de sus padres, huye y trata de ponerse á salvo en los asilos de la virtud, en el monasterio de Valvanera, de la órden de san Benito, deseoso de santificarse ó instruirse para santificar á los demas. El abad oyó las humildes súplicas de Domingo, pero no las admitió y Domingo quedó privado de este recurso. Encamínase con el mismo propósito al monasterio de san Millan de la Cogulla, y es igualmente desatendido. ¿Desconfiará el siervo de Dios, ó abandonará su resolucion de vivir muerto y separado del mundo? El Señor le destina para sus fines, le prueba, le acrisola, pero no le desampara ni olvida. Domingo ama siempre á Dios y le alaba con todo su corazon, y el Señor le encamina, le dirige con su gracia particular y le inspira el modo de satisfacer sus deseos.

Viendo frustradas sus tentativas y constante Domingo en su propósito de dedicarse al servicio de Dios separado del mundo, se dirigió á un santo ermitaño que hacia vida solitaria y contemplativa en un bosque cercano al monasterio de san Millan de la Cogulla. Sal, dichoso solitario, sal á recibir al siervo de Dios que el Señor te envía para que le consueles, le animes y fortifiques en sus santas resoluciones. Sal á recibir á un jóven que huye del mundo despues de haber vencido todo su poder, y viene á ofrecer á Dios sus despojos en el silencio del retiro.

Sal á recibir á este nuevo solitario que arde en deseos de despojarse del hombre viejo y vestirse del hombre nuevo, que viene á morir al mundo para resucitar con Jesucristo.

El ermitaño recibió con agrado á su huésped, le oyó con paciencia y con gusto, le habló del desprecio del mundo y el desapego que debia tener á el, le dió instrucciones para arreglar su vida y le ofreció su pobre celdilla para que quedase en ella, y él pasaria á buscar otro sitio en que continuar su vida solitaria. Rehusó Domingo tan generosa oferta, y edificado con aquel ejemplo é instruído con sus consejos, se despidió del solitario y se encaminó á un sitio fragoso de la Bureba, que es donde hoy está la ciudad que se gloria de llevar por título el nombre de su santo fundador.

¡Almas contemplativas! Vosotras que conoceis mejor que yo la perfeccion y valor de la contemplacion, de la oracion y el recogimiento, lo heróico de la humildad, los rigores de las penitencias y de las vigiliass, podríais darnos alguna idea de la vida de Domingo en el retiro; de aquella alta contemplacion, aquel espíritu enajenado en las cosas del cielo, que parece haber trasformado su cuerpo en una estatua semejante á los ídolos, que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, manos y no palpan; aquel silencio, aquellos suspiros, aquellas lágrimas, aquel sustento insípido, que mas bien parece le tomaba para mortificarse que para robustecer los miembros de un cuerpo desfallecido con las vigiliass y el trabajo de manos nunca interrumpido; aquella humildad, aquellas mortificaciones que pasan á cuantos leen la historia de su vida. Yo os diré solo, que su único cuidado, su mira principal en el retiro, fué la misma que en el mundo: procurar la honra y alabanza de su Dios, el celo de su salvacion y la de sus hermanos. *De omni corde suo laudavit Dominum, et dilexit Deum qui fecit illum.*

No debe ocultarse la luz, dice Jesucristo, sino ponerse en un lugar eminente para que alumbre á todos los que están en la casa. Á pesar del retiro y vida solitaria de santo Domingo en la Bureba, no pudo ocultar aquella prudencia, aquella mansedumbre, aquella sabiduría adquirida en la oracion, aquel buen olor de sus virtudes, aquella luz divina con que el Señor le iluminaba, aquella caridad con que se esmeraba en ser útil á sus prójimos y cooperar á su bien espiritual. Era aquel el paso de los peregrinos para ir á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, y

en el que los malhechores y bandidos se guarecian al abrigo de los bosques para molestar á los pasajeros, y concibió Domingo el proyecto de hacer cómodo y seguro el paso y proporcionar recursos y consuelos á los pasajeros. En poco tiempo con el sudor de su rostro, no solamente dispuso un huerto hermoso y fecundo, plantó viñas con cuyo fruto pudiesen consolarse y restablecerse los fatigados peregrinos, sino que ademas levantó una ermita en honor de la Madre de Dios, en donde dirigia sus fervorosas oraciones al cielo. Domingo huyó del mundo, y puede decirse que el mundo le busca y le reconoce por su protector; pero no por eso se ensoberbece ni llena de orgullo. Siempre humilde, siempre lleno del amor de su Dios, se tiene y se confiesa por el último y el mas inútil de todos sus siervos. Domingo no abandona el rigor de sus penitencias, su frecuente oracion, su humildad y su amor á los abatimientos y desprecios, su paciencia en las burlas y malos tratamientos que sufre y recibe de los mismos á quienes favorece. Quiso el Señor, por los medios de su admirable providencia, que fuese mas pública su virtud.

Habian pasado cinco años en que Domingo continuaba en los ejercicios fervorosos de contemplacion y de caridad, cuando llegó á aquel sitio Gregorio, obispo de Ostia, que venia á España á negocios interesantes enviado por el sumo pontífice Benedicto IX, y Domingo se unió á él para gozar de los ejemplos y la predicacion de la palabra de Dios de este varon sabio y piadoso. ¡Con qué fervor y espíritu lleno de amor de Dios le ayudó en aquellas rogativas, penitencias y procesiones públicas que instituyó para que se enmendasen las costumbres, se aplacase el enojo de Dios y cesase la plaga de langosta que devastaba los campos y tenia en consternacion á los pueblos de Navarra!; Con qué fervor y gozo de su alma le acompañó en sus viajes y misiones apostólicas, teniéndose por dichoso de ayudar á tan gran santo en el ministerio de la divina palabra, ya que no era capaz de predicarla!

Pero ¿qué era su ejemplo, su compostura y modestia, sus palabras y toda su vida sino una predicacion eficaz y continua? Sufré con una resignacion enteramente cristiana la pérdida del santo prelado, y vuelve Domingo á su retiro de la Bureba á santificarse y entregarse al amor de Dios, y á ser útil á los hombres en la obra que habia comenzado. Repara su ermita, des-

truye las malezas que habia arrojado el terreno, corta pedazos de bosque, hace transitables los sitios pantanosos, logra que se construya un puente seguro y costoso sobre el rio. Los viajeros y peregrinos tienen ya un camino fácil, cómodo y seguro, comienzan á edificarse casas, y el desierto se convierte en un pueblo, en una ciudad; pero aun no está satisfecha la caridad y el celo de Domingo. Conoce las miserias y molestias de la vida humana, se compadece de las fatigas, del cansancio y las enfermedades de los peregrinos y transitantes, y emprende su caridad, sí, su caridad, porque no cuenta con otros recursos para sus empresas, ni tiene otro fondo que su celo; emprende la construcción del hospital para el descanso, el refugio y el consuelo de los peregrinos y alivio de sus enfermedades. ¿Podria creerse ni dejar de mirarse como una temeridad en un hombre pobre, sin recursos ni medios de ninguna especie? Pero contaba con el amor de Dios, con su celo grande por la honra de Dios y la salud de las almas, y este amor no solo le concedió el complemento de sus empresas y la satisfaccion de sus deseos, sino que le hizo poderoso y aun admirable á sus enemigos.

Nosotros no hallamos inconveniente en emprender obras útiles cuando nadie se nos opone, cuando los demas cooperan y ayudan á nuestros deseos, cuando son compatibles con nuestros intereses, nuestras comodidades y nuestros gustos; cuando de ellas nos resulta alguna utilidad, y tal vez el celo y la caridad para con los demas es el pretexto con que se disimula nuestra ambicion y nuestras miras de interes personal. Las empresas de Domingo tuvieron todas su origen en el grande amor á su Dios, no tuvo parte el interes propio, la comodidad, la especulación; tuvo contradicciones fuertes y enemigos poderosos que vencer, y obstáculos inmensos que superar; pero el Señor le hizo superior á todos ellos: *Dedit illi contra inimicos potentiam*. Faltaba lo necesario para continuar sus obras, y recurria á la ermita de la santísima Virgen, á los ruegos y súplicas á la Reina del cielo, y veian los pueblos que se multiplicaban y repetian los milagros. Allí hallaba fuerzas para vencer todas las dificultades y para acallar á sus enemigos. Un temerario y maligno censurador de las obras de nuestro santo dijo por burla, que ofrecia para trabajar en la obra del puente dos toros que tenia en el monte, á condicion de que el padre Domingo los trajese. Lo haré con el favor de Dios, le contestó

el santo con una agradable sonrisa. Sale al monte, y luego que los toros le ven, se vinieron á él como mansos corderos, los tomó por las astas, unció al carro y trabajaron cuanto se dispuso de ellos, como si fueran bueyes bien domados. Sufre contradicciones para tomar las maderas necesarias para el hospital; pero Domingo toma una pequeña hoz y corta y derriba con ella las encinas, y conocen y confiesan todos que le asiste el poder divino, y que aquella es la voluntad de Dios. Le mofan, le insultan, le maltratan y tienen el atrevimiento de apedrearle; pero Domingo vence á sus enemigos con el amor de Dios que le hace poderoso contra todos. Se viene á los mismos que le maltratan, les habla con dulzura y serenidad, y se ven rendidos á sus piés pidiéndole perdon. Le destruye un aldeano los frutos de su huerto introduciendo en él sus ovejas; no le contienen las amonestaciones cariñosas para que se abstuviese de hacer aquel daño en la heredad de los pobres, y sufrió del cielo el castigo de quedar sordo, baldado y desfigurado, para que á sus dolores se aumentase su vergüenza y el escarmiento de los demas. Los enfermos y atribulados buscan el remedio y el consuelo de sus aflicciones en las oraciones de Domingo, y Domingo ruega al Señor y son oídas sus súplicas. Ama fervorosamente á su Dios, y este amor le hace, no solamente superior, sino árbitro y amado de los pueblos, temido, respetado y reverenciado hasta de sus mismos enemigos. El Señor se encarga de hacer pública y respetable la virtud de su siervo, y Domingo la conserva, la nutre y la aumenta con sus ayunos continuos, sus fervorosas oraciones, sus limosnas y asistencia á los enfermos, con su paciencia y serenidad inalterable, con su amor á Dios que le hacia pronto para todos los ejercicios de piedad. Pronto, decia, pronto he de ser presentado ante el tribunal del Juez de vivos y muertos, y no queria que le cogiese desprevenido aquella hora terrible; y esta consideracion inflamaba su amor á Dios, á quien deseaba unirse como á un amigo mas bien que temer como á un juez, y nada omitia para poder morir con la muerte preciosa de los santos. Cada vez aumentaba mas sus ejercicios piadosos, y descargándose de los cuidados terrenos, procuraba ocuparse de su alma y disponerse para dejar el desierto y caminar á la patria de los justos.

El plazo señalado se acercó; las gentes lloran sin consuelo la próxima pérdida de su padre, de su amparo, del que remedia

sus males y necesidades, del justo que atrae sobre ellos las bendiciones del cielo; pero el siervo de Dios recibe los santos sacramentos con fervor y devocion, y su alma tranquila deja un cuerpo que se ocupó en el servicio de su Señor, y pasa á la mansion de los santos á recibir la corona y el premio de sus merecimientos. Amó á Dios de todo su corazon, y con este amor venció á los enemigos visibles é invisibles de su alma, que fué trasportada en manos de los ángeles al celestial paraíso.

Enjugad vuestras lágrimas, pueblos desconsolados con la muerte de vuestro general bienhechor. Está en los cielos y desde allí os atiende y oye vuestras súplicas. Él defenderá vuestros hogares, y hará por un milagro nunca visto, que se aparte de vuestra ciudad el rey don Pedro, cuando se acerca con su ejército resuelto á aniquilarla. Él os oirá cuantas veces le invoqueis. Él es vuestro abogado y protector, y de nada debéis gloriaros tanto como de tener un patrono tan poderoso en el cielo. Él estuvo lleno de amor y caridad á Dios y á los hombres en este mundo, y no puede faltarle este amor en el cielo, en donde no muere ni se acaba la caridad, sino que se aumenta y perfecciona.

Invoquémosle pues y recurramos á él, pero no descuidemos el imitar sus ejemplos. Pongamos nuestra vida en parangon con la de nuestro santo, y hallaremos innumerables faltas que corregir y vicios que enmendar. Hallaremos que no es el amor á Dios el que dirige nuestras obras y nos hace acometer nuestras empresas, sino el interes terreno, las miras del mundo, el deseo de agradar á los hombres, las pasiones mas reprobables y detestables; por eso nuestros enemigos nos vencen, y tenemos que sufrir tantos disgustos y sinsabores de parte del mismo mundo á quien deseamos agradar y complacer. Ordenémoslo todo y no tengamos otra mira en nuestras acciones, en nuestras tareas, en la crianza y educacion de los hijos, en todo cuanto emprendamos; no tengamos, digo, otra mira ni deseo, que el de honrar á Dios y amarle, y el Señor bendecirá nuestros trabajos, y nos serán gustosas nuestras tareas, y hallaremos placer en la oracion, en el ayuno, en la penitencia, en todo lo que sirva para manifestar nuestro amor á Dios; y nuestro santo se complacerá desde el cielo en vernos y pedir á Dios sus bendiciones para nosotros.

Rogad, glorioso santo, rogad incesantemente al Señor de las misericordias para que nos dé la gracia de amarle y que obremos en todo por su amor, para que santificándonos por este medio, triunfemos del mundo que nos escarnece, del demonio que nos tienta, de nosotros mismos que con un peso grande nos inclinamos al amor de los deleites reprobados, de todos nuestros enemigos, y lleguemos á la gloria en que cantemos con vos las divinas alabanzas con todo nuestro corazon. Amen.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.